

Reseña / Review

Joshua Clover. *Riot. Strike. Riot: The New Era of Uprisings*. London: New York: Verso, 2016.

La nueva era de revueltas ciudadanas: teoría económica de la violencia popular

Héctor Melo

University of Notre Dame

El texto de Joshua Clover estudia la nueva era de revueltas ciudadanas. El autor examina la correlación entre el advenimiento contemporáneo de la violencia colectiva y la crisis actual del modelo económico capitalista. Su análisis gira en torno a dos transiciones de lo que Charles Tilly llamara el *repertorio de acción colectiva*. Primero, la transición de la revuelta a la huelga y, segundo, la transición de la huelga al retorno de la revuelta. Clover analiza simultáneamente los cambios en las prácticas de lucha popular y el engranaje histórico y económico que los determina. De allí sostiene que existe una sincronía tripartita entre la *Revolución-huelga-revolución* (*Riot-strike-riot*) y el arco de acumulación capitalista occidental *Circulación-producción-circulación*. Es decir, el autor se pregunta, por ejemplo, cuál sería la relación de las revueltas de Ferguson (2014) o Baltimore (2015) con la era de “circulación prime” sobre la que hoy opera el mercado. Este nuevo estilo de circulación del capital divide a la gente, como señala Žižek en *Sobre la violencia* (2009), entre los que tienen todo, aquéllos que viven en suburbios

cercados, y los que nada tienen. Para responder este interrogante, Clover reconstruye el repertorio de acción colectiva vis-à-vis las mutaciones históricas del capitalismo.

El texto, entonces, además de sincronizar operativamente la secuencia histórica *Revolta-huelga-revolta* con la secuencia económica *Circulación-producción-circulación*, se propone entender las rupturas y continuidades que resultan de la interacción de las secuencias. Para tal fin, el autor establece una periodización del siguiente modo: (1) la era dorada de las revueltas preindustriales— a saber, los motines por alimento (food riots), los disturbios contra el alza de precios, los tumultos contra la exportación de mercancías, etc.—ocurridas entre 1640 y 1850; (2) las huelgas laborales del contexto industrial que inician cerca de 1830 y que claudican con el proceso de desindustrialización, de ciertas potencias occidentales, alrededor de 1970; y (3) el retorno de las revueltas ciudadanas, dentro de la larga crisis que enfrenta el capitalismo desde 1973. En virtud de lo anterior, cabe mencionar que los postulados del libro se sustentan sólo en contextos que hayan experimentado una industrialización temprana (alrededor de 1830) y una desindustrialización acelerada en la segunda mitad del siglo XX—entiéndase estrictamente Gran Bretaña y Estados Unidos. Clover no acude a estos dos casos porque los considere epicentros privilegiados para pensar la irrupción reciente de revueltas, sino porque en ellos se corrobora la relación simbiótica entre el declive del modelo económico y el resurgir de la revuelta. De allí que, fenomenológicamente, sea la revuelta en sí misma la instancia privilegiada para entender las mutaciones del capitalismo. En palabras del autor: “la revuelta, como forma particular de lucha, ilumina el carácter de la crisis, haciéndola nuevamente ponderable, y ofreciéndonos otra perspectiva de su desarrollo” (Mi traducción; 1).

La secuencia *Revolta-huelga-revolta* no deber ser entendida como una reversión cíclica de las prácticas de resistencia colectiva. Por eso, Clover introduce a las secuencias el vocablo “prime”—*Riot-strike-riot prime* y *Circulation-production-circulation prime*—con el que enfatiza que la última era de revueltas responde a la última modalidad de circulación de bienes (i.e., Amazon prime). La secuencia tampoco plantea una relación mutuamente excluyente entre revuelta y huelga. Más bien, lo que el autor indaga es cómo de forma estratégica una práctica eclipsa a otra, sin anularla. Es decir, cómo la revuelta, rudimentaria y fortuita, de la era preindustrial es desplazada por la huelga; y, así mismo, cómo la huelga obrera es relevada por la revuelta—en un contexto en el que la huelga parece maniatada ante una falsa solidaridad con la crisis laboral. Esto, sin embargo, no significa que no hubiera

revueltas violentas en la era del predominio histórico de la huelga o que hoy, en la nueva era de las revueltas, no haya beligerancia alguna en los paros obreros. Al contrario, el argumento de Clover, revela la coexistencia y, sobre todo, la alternancia estratégica del repertorio de acción colectiva.

Clover explica esta alternancia estratégica en función de su efectividad. Por ejemplo, en el caso de las revueltas por alimento, también llamados disturbios por subsistencia, se observa el conflicto directo entre la circulación de bienes y la reproducción social. De allí que el escenario predilecto de la contienda sea la plaza pública, el mercado de alimentos y el puerto. En el caso de la huelga, este conflicto se traslada a la fábrica. Allí, la efectividad residía en el entorpecimiento de la producción y, por ende, del desarrollo del capital. La tensión entre producción y trabajadores se fraguaba, casi siempre, en torno a la figura catalizadora del salario. Con el desmonte del sector productivo, a mediados del siglo XX, la huelga queda sin piso para reivindicar garantías laborales colectivas. El regreso de la revuelta se justifica, entonces, en el retorno a la confrontación directa entre la mutabilidad del capital (hacia su esfera de circulación) y la reproducción social. Sin embargo, aunque la reaparición de la revuelta comparte con la revuelta “clásica” sus escenarios (la plaza pública, el mercado, el puerto), el antagonismo contemporáneo no es entre la población y la circulación del mercado, sino entre la población y el Estado. Para entender esto, Clover plantea un quiasmo: en la revueltas del siglo XVIII, el Estado estaba lejos y la economía cerca; en las revueltas del siglo XXI, el Estado está cerca y la economía lejos. Es decir, en la revueltas preindustriales, la fuerza represiva del Estado era limitada y la circulación del mercado, inmediata a la población, era alterable a través de los motines. En las revueltas contemporáneas, la creciente militarización y los sofisticados cuerpos antimotines ubican al Estado cerca, mientras que la economía—apoltronada en el sector financiero—permanece lejos. Mediante esta focalización de las “continuidades” y “rupturas”, queda claro que Clover no está sugiriendo el simple regreso de la revuelta sino que está, además, delineando sus posibles límites.

En mi opinión, el aporte teórico más valioso del libro reside en la configuración del cuerpo político revoltoso—y su sobredeterminación económica—a través de la categoría: *surplus rebellions*. El concepto surge de la idea de Marx sobre la reproducción del capital y su necesidad de producir un exceso relativo de población obrera (*surplus population*). Esta sobrepoblación—expulsada del sector productivo e incapaz de ser absorbida por el sector de servicios—gravita hoy el umbral entre la

economía informal y la desposesión absoluta. Justo en ese umbral se halla las *surplus rebellions*, el exceso de rebeldías que sólo puede ser entendido en virtud de la precarización de millones de cuerpos; cuerpos *disponibles* y sujetos a la violencia sistémica que engendra la “producción de la no producción”—‘the production of nonproduction’ (Mi traducción; 26). ¿Pero quién constituye, en concreto, ese cuerpo social? La respuesta de Clover, aunque parezca poco novedosa, es irrefutable: el cuerpo racializado—construido, jerarquizado, y luego excluido, dentro del *moderno-sistema mundial*. No obstante, es importante señalar que el autor no reproduce aquí la falsa simbiosis entre raza y violencia que circula profusamente en la expresión inglesa “Race riot”. Clover problematiza esta categoría y sostiene que la violencia de las revueltas no se explica en función de la raza. Su planteamiento incluso invierte esta lógica y sugiere que “la retórica de la violencia en torno a la revuelta se convierte en un dispositivo de exclusión que se orienta, no tanto contra la ‘violencia’ en sí, sino contra ciertos grupos sociales” (Mi traducción; 12).

Una de las preguntas que el libro plantea, mas no responde satisfactoriamente, es cómo superar los reduccionismos, económicos y políticos, que reaparecen en la interpretación pública de las revueltas. Clover acusa, por ejemplo, un reduccionismo economicista en la metodología cuantitativa del *New England Complex Systems Institute*. Y aunque resulta comprensible su argumento en torno al vaciamiento político de la violencia popular, también cabría preguntarse si su propia interpretación—anclada a la secuencia *Circulación-producción-circulación prime*—no es otra forma de codificar económicamente el retorno de las revueltas. Sin embargo, es preciso indicar también que Clover establece una de las aproximaciones más sugestivas en torno al viraje político de la violencia colectiva. *Riot-strike-riot*, además de articular de forma cabal su proyecto teórico, captura con agudeza una tensión inherente a nuestro tiempo: la tensión entre la crisis económica y la agencia ciudadana. En medio de esa tensión se ubica vertiginosamente la violencia de la revuelta. Pero la revuelta no está sola. Clover concluye su libro señalando que la revuelta (el disturbio, el motín), como “táctica privilegiada”, hace parte de una “categoría más amplia que designamos *luchas anti-circulación*” (Mi traducción; 31). Dentro de estas luchas encontramos: la barricada; el bloqueo (Ferguson, 2014); la ocupación (Wall Street, 2011); y la comuna (Oaxaca, 2006; Oakland, 2011). De hecho, Clover cierra su argumento insistiendo en los límites temporales y logísticos de la revuelta violenta y, desde allí, teoriza el advenimiento práctico de la comuna.